

## Jesús hizo el milagro de preñar a Milagro

Cuando Felipe vio a Milagro vestida de luto riguroso por el fallecimiento de la mamá de Cándida fijó en ella los ojos con especial delectación. La negra ropa, hecha de prisa o acaso ajena, le quedaba tan ajustada al cuerpo, que él por primera vez sintió cosquillas en la sangre al mirarla.

Notó de pronto que Milagro se caía de madura. Buena cosecha, dijo. Debo cobrarle diezmos y primicias y saborear temprano su rica pulpa.

Desde ese día observaba a la chiquilla con discreción.

Exuberante de formas y erguida como un pimpollo fresco, Milagro, tanto al ir a la escuela como a la iglesia, salía junto a la madre.

Aparentaba timidez y zozobra, pero ya había olfateado los deseos de Felipe, que, a su vez, tenso como alazán rijoso ideaba trampas.

Una noche, bebiéndose unos tragos con Comepán, le hizo diversas bromas referentes a su arrumaco con el cura y al prestigio que ese connubio sacro significaba para ella.

No le agradaron a Comepán las burlas e ironías indirectas de Felipe. Como habíase excedido en la bebida le soltó cuatro frescas y se mostró muy ofendida al darse cuenta de que él no le creía aun a pesar de que ella juraba y perjuraba que aquello era una burda patraña. Acorralada, le hizo por fin la confidencia que él menos esperaba. Sí, Pipe te diré la verdad pero te ruego que guardes el secreto porque si el cura sabe que te lo he dicho creo que es capaz de excomulgarme. Te voy a declarar este asunto porque tú eres casi mi hermano de verija, pero jura primero que no vas a envainarme. Le prometí al curita guardar silencio. No vayas a buscarne

un domingo siete. Te aseguro, Felipe, que no soy yo la del culantro. Quien de veras se acuesta con el cura es Milagro. Si no estuviera en guimba te habría sido difícil tirarme de la lengua, maldito. Tú serás responsable si caigo en las calderas de Pedro Botero.

Aprovechando que estaba ebria, Felipe pudo sonsacarle los más nimios detalles de aquel turbio tejemaneje parroquial.

Así supo que para obviar el figoneo de Malala a través de las rendijas el tierno idilio se realizaba a oscuras y sin chistar. Cada noche, a la hora en que Cairote sonaba el pito, Monseñor se acostaba desvestido y esperaba impaciente a la tierna corderilla.

Al día siguiente de su hábil entrevista con Comepán, Felipe engatusó a la bisabuela y astutamente la hizo beberse un tabacazo de Padre y Señor Nuestro. No contento con eso, además, al labrarle la delgada calilla que la cegata anciana iba a fumarse, le agregó una gran dosis de marihuana. Mama Durgel, ya chocha, sin darse cuenta del embrollo, fumó con tal empeño que al poco rato se puso a vomitar y se sintió a dos pasos de la muerte.

—Corre, mijito, pronto. Llama al doctor Ladera.

Puesto de acuerdo con Comepán, Felipe tenía bien calculados los minutos y las reglas del juego con miras a sacar de su lecho a Monseñor a las nueve en punto y alejarlo de la Casa Cural. Afortunadamente Mamá Durgel vivía distante.

Pipe buscó a Betín. Le dijo que preparara el viático porque Mama Durgel, grave de muerte, pedía los santos óleos.

Llamado por Betín de sorpresa, Monseñor, casi listo para su misa negra con Milagro, tuvo que revestirse a la carrera y echó a andar loma arriba rumbo a la casa de la enferma. Su acólito le alumbraba el camino con su linterna sonando la macabra campanilla que presagia la muerte. «A quién carajo le llevará el curita la Extrema Unción,» pensó Cairote mientras se echaba un lamparazo.

Apenas se perdieron entre los callejones Monseñor y Betín, Felipe se coló en la rectoral.

Todo fue sucediendo como a pedir de boca.

Luego de haber dejado a buen recaudo su ropa y sus zapatos según al guiarlo le indicó Comepán (no olvides que Monseñor oculta debajo de la

almohada el gorro que usa para evitar resfriados. Debes ponértelo) Felipe se acomodó en el lecho cural. Plácidamente en cueros se encasquetó el bonete y esperó como el lobo de la Caperucita

Febil e impaciente en el silencio de la oscura recámara, Felipe resentía los minutos como si fueran horas y casi estuvo a punto de escapar cuando sintió un ligero rechinar de visagras y pasos misteriosos

Una forma desnuda se acurrucó mimosa al lado suyo.

Supo que era Milagro por la ternura con que ella se le insinuaba lúbrica, por su gracia, por su fragancia juvenil.

Agraciéndole el milagro al Señor y vorazmente, el fiero lobo devoró a la sabrosa corderilla comulgando con ella hasta la grata oblación del **agnus Dei qui tollis peccata mundi.**

Terminado el introito, Felipe se escabulló en silencio como sombra entre sombras.

Poseída de modo tan brutal, Milagro había captado de cuajo el subterfugio. Su primera reacción fue, desde luego, un brote de rebeldía instintiva. Sintió un íntimo impulso por liberarse del enclave, pero la carne es débil y es mejor someterse a la divina voluntad del Señor como una sierva sumisa a sus ignotos designios.

El desigual calibre y hondo calado la dejaron en éxtasis sobre todo cuando el efímero incúbo se escabulló de modo fantasmal no dejando más rastro que el recuerdo de su enigmática presencia. Milagro resolvió enmudecer sin dar indicios de que se había enterado del cambalache. No obstante, tuvo la plena convicción de que la extraña y gozosa epifanía no era otro que el mulato Juan Felipe Durgel. Pudo intuirlo por ciertas referencias que ella tenía de sus lilailas y porque, al insinuarle sus ventajas, Comepán elogiaba más que nada la potente virilidad del negro. Nadie en la isla podría ser tan osado ni tan capaz de ahondar. Lo había sentido como en el epicentro del temblor genesíaco.

Al poco rato de haberse ido Felipe, volvió a la rectoral el sacerdote. Regresó contrariado y echando pestes contra quienes lo habían importunado a tales horas obligándolo a caminar de piedra en piedra por escabrosos callejones hasta llegar a lo alto de la quebrada sólo por el prurito de obligarlo a asistir a cierta anciana marihuanera y ebria. Por fortuna pudo dejarla en manos de Ladera.

Milagro nada dijo de su reciente cópula. Lo recibió en el leche asaz mimosa pues en cierto sentido sentíase adúltera.

Temiendo que Felipe pudiera haberla fecundado quiso que el cura también sembrara en ella su simiente pascual. Era preciso conjurar los demonios de la mala semilla lanzando contra ellos los seráficos genes del arcángel. Convencida de ser la dulce esclava (hágase en mi según tu palabra) se entregó al buen Jesús.

Astutamente no lo dejó frenarse. Lo obligó a fecundarla. Y, al disfrutar, pensaba: tal vez las dos espermias de ambos cirios, neutralizadas entre sí, den vida a un solo embrión inmaculado.

Monseñor, disgustado, trató de hacerle ver el disparate que acababa de hacerle cometer pues suponiendo que ella quedase encinta (¡Virgen de los Dolores!) se armaría tal revuelo que ni quiero pensarlo. Milagro se empeñó a la brava (me importa un pito lo que digan) en concebir ese hijo que (estaba convencida) iba a ser un precioso varoncito.

Cuando Ladera diagnosticó preñez, Milagro hacía buen tiempo que conocía el busilis.

Sabiendo que Betín la pretendía, supo tenderle la más hábil celada, y con el truco del fingido alacrán le endosó la arcangélica paternidad del cura.

A Monseñor Medina no le hacía mucha gracia la imprudencia de la tenaz Milagro quien noche a noche lo seguía visitando. Claro que, como ella estaba encinta, ya no eran necesarias las precauciones y ambos lograban disfrutar a sus anchas; pero siendo Milagro esposa de Betín la culpa adquiriría visos de adulterio. No quería laberintos con el Ñopo.

Cuando ocurrió el problema inquilinario, tropas gringas, a petición de un gobernante incapaz e irresponsable, invadieron la capital causando una caterva de muertos y heridos.

En la isla hubo revuelos y manifestaciones en contra de los yanquis con gritería, pedradas y, en las paredes de la iglesia, franses rojas que declaraban la cólera del pueblo. Por todas partes Monseñor Medina leía el maldito slogan y soñaba con él. GRINCO GO HOME.

Sintió un terror supersticioso. No creía en el martirio. Lo mejor era huir lo antes posible. Y, pusilánime, se escabulló un domingo mientras Malala, arrodillada en la iglesia, rezaba musitando: **Zonian, go home.**

Al irse el cura, Milagro no tuvo más consuelo que someterse a la blandengue voluntad de su esposo como diciendo peor es nada. Sin embargo, siguió soñando con Monseñor Medina convencida de su aura carismática y divina, sobre todo porque Betín no me convence ni ahonda. Jamás me satisface plenamente. No me espera. Siempre me deja en vilo. Si yo no fuera honesta, me entregaría a Felipe.

Por tal motivo la preñez de Milagro fue motivo de mil reyertas y violencias entre ambos cónyuges. Esto hizo que cundieran los rumores y que Betín, en tragos, dejara traslucir su desamor a la arcangélica criatura en cierne.

Al nacer El Manchao, la cosa fue aún más grave, pues los amores de Milagro y el párroco se tornaron la comidilla del día.

María Palito, vendiendo sus billetes, hacía chistes a la chita callando:

—La cosa es un misterio, pues resulta que el ángel del Señor, anunció a Milagro, pero ella concibió del Padre Medina. ¡Caray! El buen Jesús hizo el milagro de preñar a Milagro.

## VI

### Un caso de inmaculada concepción

Tras siete años de cárcel por homicidio involuntario, deserción, hurto, profanación, estupro y otras mil bribonadas, Gancho Hermoso deleitábase charlando con sus buenas amigos Píndaro Cárcamo, Agustín Izaguirre, Marco Aurelio Mendíguez, Senón Oviedo y Sócrates Galarza, bebiendo en la cantina de Fífila mientras acariciaba al nieto, negrito de ojos garzos, con quien se había encariñado.

—Pipe ¿qué haces ahí, chiquillo idiota? ¡Zafa de ahí! Mejor es que te largues a jugar a la playa con tus compinches. Tu abuelo está bebiendo con sus íntimos y dice palabrotas.

A Felipe nada le era tan grato como sentarse al lado de su Yayo a escucharlo. Gancho Hermoso contaba a todo trapo sus aventuras de cuando, huyendo de los godos, anduvo por los campos, de perdulario, disfrazado de cura.

Pipe sentía una auténtica adoración por su Yayo.

Cuando no estaban sus colegas, Gancho hermoso se entretenía con Pipe mientras bebía vaso tras vaso de chicha fuerte.

A veces Fífila lo sorprendía como ido, como fuera de sí.

Lo que sucede, Juancho, es que tu nieto te hace pensar en ti, cuando tú mismo tenías la edad que él tiene ahora.

—Tal vez tengas razón —decía él—. Como este niño se llama Juan Felipe, me trae recuerdos de mi infancia infeliz. Es vivaracho como era yo. Creo que es exacto a mí. Me miro en él. Me veo junto a mamá sufriendo

golpes, desmanes y mortificaciones en la tienda de abarrotes y ultramarinos del Ñopo Sebastián. Mi nieto es ese niño angustiado que aún llevo adentro y cuya rabia vengativa surge en mis sueños y en mis jumas. Cuando yo hablo con Pipe, con quien estoy hablando es conmigo mismo.

—Bueno es culantro, pero no tanto —decía Fífila—. Cuando tú te distraes con tus amigos, no me gusta que Pipe esté escuchando tus vagabunderías y cojudeces.

Él soltaba su carcajada fresca.

Más hermosa que nunca y entrada en carnes, Débora le servía chicha fuerte y regodeábase oyendo las historias entretenidas, picarescas y subidas de tono que sin tapujos narraba Gancho Hermoso. A contra pelo y a instancias del maestro Néstor Ladera, el cura Amado y Papa Chente, Débora había tenido que casarse con Goyo Gancho que, desilusionado con ella, trabajaba en las obras del Canal en una grúa. El puesto se lo había conseguido Beto Cárcamo. Sin importarle un pito lo que pensara Fífila, noche tras noche Débora se dejaba montar de Gancho Hermoso.

Cada fin de semana, cuando Goyo regresaba a la isla Fífila, enardecida por los celos, propiciaba la ira del hijo contra el papá. Bien sabía ella que Goyo era iracundo. Viajando con el tata, el joven había aprendido a manejar el arpón y era fijo que, apenas daban con un mero, jamás fallaba.

Tampoco ella ignoraba el inestable carácter de Gancho Hermoso pues, con frecuencia, el detalle más insignificante lo hacía saltar, sin transición, del más jovial estado de ánimo a la más negra cólera. No cabía duda alguna de que era, de manera habitual, hombre agradable y campechano sobre todo cuando bebía con sus amigos después de alguna de sus ausencias prolongadas. Muy resistente para el trago, le podía dar al vidrio hora tras hora sin doblarse, pero si alguien le derramaba la bilis se le subía la sangre a la cabeza transformándolo en un demonio de iracundia, un temerario y enloquecido monstruo digno de atar. Más ahora que, por añadidura de ser un negro muy grande y fuerte, tenía, como un recuerdo de la cárcel, en vez de diestra, un garfio que él manejaba con peligrosa habilidad. La chicha fuerte le producía una juma jubilosa. Reía a mandíbula batiente y a plena voz. Fífila se derretía de gozo al escucharlo. Parece que me hiciera cosquillas en cierta parte, decía. La de él era una risa casi mefistofélica, estridente, estentórea. Una amplia carcajada de sandía arrabalera que, como él afirmaba, señores, es de las buenas cosas que heredé de mi tata y que en realidad caracteriza a ciertos negros mandingas.

—Mi tata, que aún me parece verlo —dijo Fífila— nos hablaba de algo que siempre me hizo mucha gracia. Tal vez la oyó viajando por Bahía o acaso de su gente de Haití. Nos decía que en la época de la trata de negros, cierto rijoso inglés tenía en Recife una hacienda en la que en vez de animales criaba muchachas africanas, hijas de él, obtenidas de su concubinato con mujeres mandingas. Las crías, machos y hembras, resultaban mulatas y mulatos de ojos garzos, que él criaba y entrenaba hábilmente para, ya en plena pubertad, venderlos a muy elevados precios. Hasta a las propias hijas las montaba. Mi tata se gloriaba de esa clara ascendencia angloafricana. Mi mamá Guadalupe lo embromaba diciéndole: «Por tus venas de mulato mandinga corre la sangre de un **gentleman** inglés hijo de puta. Dicen que el hombre busca esposa que le recuerde el rostro de la madre. La mía era negra de ojos verdes y había nacido en Martinica. Recuerden que en las islas francesas de Las Antillas eran frecuentes las negras de ojos claros debido al cruce de diferentes razas. Faustina y yo crecimos en una humilde fonda de Matachín, recién inaugurado el ferrocarril. Permítanme, voy a enviarles otra ronda de chicha. Trae la bandeja, Débora.

Fífila se alejó hacia el mostrador mientras la otra pasaba un trapo sobre la húmeda mesa para limpiarla al recoger los vasos.

Píndaro Cárcamo, que estaba bien jumado, soltó su voz como entre sueños:

—Con el ferrocarril y el Canal (que al fin y a la postre harán ellos) los gringos nos van a despojar del privilegio que nos brinda nuestra posición privilegiada. El Istmo siempre fue zona de tránsito.

—Lo fue desde la época colonial —agregó Senón Oviedo.

Agustín Izaguirre, dando un gran puñetazo sobre la mesa, concluyó doctrinal:

—El aluvión humano que atravesaba nuestra tierra formaba una amalgama de intereses crediticios, de ofertas y demandas, que confundía entre sí tránsito y tráfico.

—Recuerden que en las ferias de Portobelo corría tanta riqueza que atrajo la codicia de los piratas —dijo Senón Oviedo—. Nuestra faja de tránsito era el estrecho más angosto de mar a mar, paso obligado y ruta de la ambición mundial.



—Quienes seguían tras la quimera del oro —dijo Píndaro Cárcamo— no tenían más remedio que aventurarse y abrirse paso atravesando la selva.

—El viaje que emprendían no era güevadas —afirmo Gancho Hermoso.

—Pues claro, coño dijo: Marco Aurelio Mendíquez—. Resultaba difícil, caro y lleno de peligros. Gran parte del trayecto se hacía por agua navegando en incómodos e inseguros cayucos o bongos que remontaban el caudaloso río Chagres; el resto de la ruta, a lomo de mulas o montando aguachinche de fuertes y sufridos esclavos negros.

—Mucha gente moría en la travesía —dijo Ladera sentándose a la mesa—. El paludismo y otras enfermedades diezaban a esos pobres intrépidos que, por si fuera poco, se exponían a los desmanes de bandoleros, fascinerosos y asesinos los cuales, emboscándose, los asaltaban a mansalva.

—Para colmo de males —terció Galarza—. la corriente del Chagres, impetuosa en los inviernos lluviosos, volcaba a veces los rústicos cayucos dando lugar a nuevas víctimas, pues era muy frecuente el caso de viajeros que perecían ahogados o hechos triza en las fauces de los caimanes.

—Por fortuna, después de mil disturbios, se hizo el ferrocarril —dijo Fífila, acomodando en la mesa las bebidas con la ayuda de Débora—. ¿Qué tal, doctor? Lo traje un vaso para usted y sepa que es por cuenta de la casa.

—Gracias, mujer —dijo éste.

—Según les refería —agregó Fífila—, mi tata, Philippe Durgel, que en ese tiempo era fogonero de la locomotora, se presentó una tarde a nuestra fonda con un mulato de ojos garzos, mayor que yo, diciéndonos que ése era nuestro hermano de padre y que, además de mesero, sería para nosotras como una especie de guardián. Mi mamá nada dijo. De todos modos me di cuenta de que no sólo se mostró agradecida de que alguien fuera a ayudarla sino que a lo mejor sintió cosquillas en cierta parte. Mi hermano Juan Durgel, aquí presente, tristemente llamado Gancho Hermoso, fue para todas algo así como un acontecimiento inesperado.

Fífila, que entraba o se acercaba a la pubertad, se enamoró enseguida del medio hermano y trajinaba con él en las tareas de la fonda con el pretexto de ayudarlo. Como era una chiquilla precoz, él accedía a besarla y acariciarla para quitársela de encima, sobre todo para evitar que lo acusara, pues Guadalupe, la esposa de Philippe, joven y bella, lo atraía más aún y había

él logrado aconchabarse con ella. De la hermana menor, Faustina, chiquilla marimacho, ni se cuidaba, pues ella jamás estaba en casa y prefería andar jugando pelota por los patios ajenos con negritos de su coteja.

Sus faenas en la locomotora y las parrandas en ambos terminales entretenían a Philippe de tal manera que pocas veces destanscaba en la fonda de Matachín. Por eso mismo trajo a su hijo Juan, con el propósito de que lo reemplazara en sus ausencias actuando de factotum ejecutando toda la mano de obra, los oficios caseros, los servicios de camarero en la fonda, el cuidado de las niñas y aun actuar a menudo como sabueso contra los clientes que merodeaban en torno a Guadalupe. Por fortuna, Juan era alto, gallardo y corpulento.

—Aventurero por instinto, nuestro tata Philippe llegó joven al Istmo después de navegar como grumete y pinche de cocina hasta el momento en que, ya hombre, logró ser fogonero de la recién inaugurada locomotora. Navegando en el Chagres, había luchado en la reyerta que se armó entre los bogas y la empresa que construía el ferrocarril. Según era costumbre, los gringos del carajo siempre ganaron la partida con la ayuda de las autoridades nacionales. Los paupérrimos bogas no sólo se quedaron sin clientes sino que, declarados prófugos, tuvieron que escapar hacia el monte. Temeroso y famélico, mi tata se resignó a ser fogonero de la misma locomotora contra la cual luchaba. Durante el tiempo en que fue boga había sido testigo de innumerables escenas desapacibles mientras se construía la ferrovía, pues los obreros morían por centenares abatidos por las enfermedades y el maltrato amén de riesgos en la selva. Se rumoraba que cada durmiente (gruesos troncos que sostenían los rieles) costó una vida humana. Mil chinos, importados a base de contratos esclavizantes no soportaron las penalidades y el esfuerzo inhumano a que se les sometía y prefirieron suicidarse cosa que no logró evitar el fraudulento suministro de opio. Racimos de ellos amanecían colgados de los árboles. Se ahorcaban utilizando en vez de cuerdas sus popias moñas o se sentaban en la playa a esperar, impasibles, que la marea se los tragara. El riesgo de un posible fracaso forzó a la empresa a contratar antillanos de raza negra los cuales, a pesar del maltrato, soportaban mejor las inclemencias del trópico y rendían mucho más. Algunos de ellos venían con sus familias, construían bohíos rústicos e iban armando caseríos a un lado y otro de la línea. Así surgieron Matachín y otros pueblos. Cuando los trenes empezaron a circular por la vía, la mayor parte de las personas que viajaban (de modo incómodo y a precios prohibitivos) eran aventureros yanquis de mala índole y de pistola al cinto:

buscadores de oro, que iban o regresaban de las famosas minas de California. Por la menor friolera disparaban sus enormes revólveres. Imperando en la línea la ley del fuerte y del garrote, robaban y mataban sin compasión. Golpeaban brutalmente a los negros y a veces los linchaban y quedaban impunes. Philippe no se acercaba a las mujeres blancas ni en los burdeles. Siendo aún joven y, a veces, con la sangre caliente por el licor, sufría serios accesos de lujuria y lamentaba no poder frecuentar regios prostíbulos por miedo a un linchamiento. Cierta mañana amaneció engomado y despertó tendido a la orilla del Chagres. Sentía fogaje y sed. Iba a acercarse al agua con la idea de beber algunos sorbos y remojar el rostro cuando oyó el chapaleo característico de quien se está bañando, y se acercó a aguaitar entre unas ramas. Era una india muy joven totalmente desnuda. La acechó, se excitó, la violó y escapó. Años más tarde, entre los chicos que vendían golosinas y chingongo en el tren, vio a un negrito gracioso de ojos garzos. Se le hizo amigo y éste, después de reticencias sin fin le confesó que a fuerza de indagar de un lado a otro preguntando por cierto negro de ojos garzos le dijeron que el único con tal característica tenía que ser el fogonero Durgel. Lo informó que la india se llamaba Yaguna. Fue echada de la tribu por su negrito de ojos garzos. Pasó penalidades criando al hijo a salto de mata. Por no morir de hambre, después de algunos años de andar vagando, se empleó en la tienda de un gallego que la trató como a una esclava. Como el negrito no tenía todavía nombre cristiano a pesar de sus diez años cumplidos, lo bautizaron conjuntamente con el recién nacido primogénito del patrón y a ambos les pusieron el mismo nombre: Juan. Desde entonces el niño negro se dedicó a cuidar al blanco. La relación entre ambos fue de esclavo y patrón. Después de esa entrevista preliminar, Philippe dejó de ver al hijo. Años más tarde lo halló en la tienda del Ñopo Sebastián Dávila. El joven le explicó que, en verdad, cuando estuvo vendiendo golosinas en el tren era prófugo y tenía que esconderse a cada rato para que las autoridades no lo apresaran pues le debía una deuda enorme al gallego que remontábase a los años en que la india Yaguna, agotada por el tráfigo enorme de la tienda cayó por fin postrada por las enfermedades. El gallego le fió las medicinas y los gastos de un médico incluyendo los de alimentación especial. Muerta la madre, el muchacho debió seguir esclavizado en la tienda pues tenía que pagar no solamente la deuda que era enorme sino también injustos intereses tan abultados e infames que iba a pasarse la vida entera cancelándola. Philippe se entrevistó con Sebastián. Le hizo ver que el muchacho era su hijo y el otro transigió por cierta suma para evitar dificultades.

El joven Juan Durgel, que era un adolescente alto y fornido, quedó libre, pero apenas lo introdujo en la fonda de Matachín, Philippe le dijo: «Te he traído para que ayudes a mi esposa y te ocupes de cuidar a mis hijas. Trabajarás aquí en la fonda llevando todo el peso y la responsabilidad del negocio. Tengo ahora sobre ti dos derechos. Son los que me conceden la patria potestad y el dinero que he pagado por ti. Trabajarás sin sueldo como allá. Te advierto que debes procurar ponerte vivo. No me descuides el negocio, de lo contrario tendré que castigarte. Tengo los puños muy pesados. Puedo matar con ellos a cualquiera. Ya sabes, ojo al Cristo.»

Mientras Philippe Durgel se entretenía a su gusto en las ciudades terminales en las que el tren se demoraba para cargar y descargar, su esposa Guadalupe se acostaba con Juan. Se amaban sin que el marido lo notara pues ambos eran jóvenes. Celosa y despachada Fífila la hija mayor de Guadalupe, consiguió que Philippe los sorprendiera in fraganti. Furioso el haitiano se lanzó contra el hijo pero éste tuvo tiempo de saltar y huir por la ventana. Encendido de rabia vengativa y de ron, Pilippe cogió a golpes a la esposa. La dejó sin sentido y muy maltrecha. Tomó de nuevo el tren y en ese viaje, que iba hacia el terminal del Pacífico, siguió bebiendo. Allí, borracho, se quedó dormido sobre los bultos y sacos de maíz. A fuerza de patadas y empujones lo despertaron y lo obligaron a embarcarse y actuar en reemplazo del maquinista muerto. El vaporcito iba repleto de yanquis que lo miraban indignados y en tono muy despreciativo. ¿Qué carajada habría podido ocurrir?

—No supimos más de él —dijo Fífila—. Mi mamá Guadalupe pudo sobrevivir, pero en verdad había quedado destrozada por dentro y por fuera. Para colmo de males, el trajín de la fonda, que asumió con la débil ayuda que Fausta y yo pudimos darle, la hizo caer en cama y desde entonces no pudo levantarse. Aun después de su muerte, nosotras dos, muy jóvenes aún, seguimos sosteniendo la fonda en espera de que mi tata o Juan volvieran.

—Yo qué carajo iba a volver —grito jumado Gancho Hermoso— Mi tata, que era muy grande y fuerte, no habría tenido ningún inconveniente en matarme. Tuve tal miedo, que me quedé rondando por los muelles. Menos mal que había muchos pasajeros y allí, cargando bultos, pude ir bandeándome pero, temiendo siempre que mi tata me hallara, logré al fin embarcarme de grumete y, después, como marinero, seguí mi vida navegando de puerto en puerto.

—Al morir mi mamá —dijo Fífila— nos dimos cuenta de que iba a sernos imposible seguir administrando la fonda. Un traficante se aprovechó de que éramos ingenuas y tras hacernos las cuentas del gran capitán, nos dio por ella una bicoca. A Juan tratamos de encontrarlo y al fin supimos que alguien lo había visto embarcarse Viajando hacia el Pacífico en el tren y averiguando de sitio en sitio por mi tata, llegamos aquí a la isla, donde nadie supo darnos razón. Sin embargo, conseguimos que una negra llamada Lavinia nos empleara como meseras para atender a la aún numerosa clientela del **Blue Moon**. Quien verdaderamente administraba el negocio era cierta peruana Linda Jara, que estaba en la ciudad con su hija enferma. Cuando Lavinia supo que habíamos manejado una fonda en Matachín manifestó un auténtico entusiasmo. La posada tenía una actividad increíble que atendíamos Lavinia, yo y Faustina. La parte culinaria estaba a cargo del hindú Yamal Sing. De vez en cuando llegaba la señora peruana, pero, afligida como estaba por lo de su hija Bibby, permanecía muy poco tiempo en la isla. No parecía ya interesada en seguir administrando el negocio. Algo muy escabroso sucedía. Por Lavinia, con quien solía confiarse, supimos el alcance de esas preocupaciones. Una era de nivel económico. Los gringos, que eran los amos de la enorme riqueza que circulaba por el ferrocarril, habían resuelto controlar los muelles. Por eso una naviera norteamericana se había instalado para hacerle la competencia a los ingleses. Siendo yanquis casi todos los barcos que hacían escala en la isla, dejaron de surtirse de agua y hulla con la naviera inglesa que, desde luego, prefirió retirarse y le alquiló a la nueva naviera no sólo el muelle sino, además, todo el complejo de sus instalaciones. Linda Jara quedaba prácticamente descartada como administradora. Para colmo de males, la salud de su hija la obligaría a quedarse en la ciudad todo un año. Era preciso que Lavinia permaneciera al frente de la fonda. Lavinia habría deseado cuidar a Bibby, la hija de Linda Jará, pues ella misma la había criado ¿Qué enfermedad tan grave padecía la pequeña como para cuidarla un año en la ciudad? Linda Jara no tuvo más remedio que revelarles el gran secreto.

Lavinia recordaba que Bibby había empezado a sentirse mal en la isla casi al mes de haber ella presenciado el crimen del reverendo. Sentía fatigas, inapetencia, náuseas, y vomitaba con bastante frecuencia. Linda tuvo que irse con ella a la ciudad. Hizo que un médico la examinara y, desde luego, no creyó en el diagnóstico pues éste, sin preámbulos, le dijo que Bibby estaba encinta. Linda Jara dudó. No era posible. Por ser hija de un gringo corpulento y por haberse criado en la isla ejercitándose en íntimo contacto con la Naturaleza, Bibby era de alto porte y demostraba mayor edad que la

genuina, pero en efecto era una niña. Al hacerle un examen más riguroso, el facultativo quedó tan extrañado como Linda. La niña estaba intacta. Era virgen. Sin embargo, frente a una realidad con apariencias de prodigio, el diagnóstico debía corresponder a la evidencia. No había duda posible sobre la gravidez de la chiquilla. Linda seguía sin comprender. El doctor se esmeró por explicarse el fenómeno de manera sencilla y sin rodeos. Se trataba de un caso de inmaculada concepción.

—¿Como la virgen?

—Casi. La única diferencia en este caso es que esta niña, al dar a luz, no seguirá tan virgen como la otra, siempre y cuando que el parto no requiera cesárea.

Lavinia imaginó que el culpable debía ser Yamal Sing. Dijo que estaba convencida de que el hindú era lujurioso, pero Linda ya sabía la verdad, dicha por Bibby de modo tan pueril e inocente, que no dejaba dudas al respecto. Aprovechando las ausencias de Linda, el tío Eddy, cada noche, se entretenía con Bibby, desnudándola, y gozaba sobre ella sin violarla, porque jamás lograba la necesaria erección para hacerlo.

Linda no quiso que la gente de la isla comentara el suceso como un escándalo. Por eso escondió a Bibby en la ciudad hasta el momento del parto. Tal vez Bibby no iba a volver al morro. Lavinia se ofreció para cuidar al niño cuando naciera.

—¿Y esto acá, quién lo atiende?

—Con los gringos, ya este negocio no me agrada.

Pero lejos de Bibby la salud de Lavinia comenzó a decaer. No hubo maneras de salvarla. Perdió el impulso de vivir. Los yanquis de la nueva naviera no permitieron sepultarla junto a las cruces donde yacían los restos de los ingleses. Fue enterrada en el panteón de la isla.